ELOY MORENO



El nuevo viaje de EL PRÍNCIPITO

ILUSTRACIONES DE DAVID SIERRA

Lectulandia

La continuación del clásico que todos adoramos, *El Principito*, imaginada por Eloy Moreno, el autor superventas de *Invisible, Tierra* y *Redes*. Con ilustraciones a todo color de David Sierra.

En *El nuevo viaje del principito*, Eloy revive al personaje más querido de Saint-Exupéry en una aventura inédita que responde a la pregunta que todos nos hemos hecho: ¿qué pasó después de desaparecer en el desierto? De la mano de la Fundación Saint-Exupéry, esta continuación oficial mantiene el tono tierno y poético del clásico, mientras el Principito, su rosa y el zorro exploran planetas habitados por almas perdidas en la era digital: adictos a la tecnología que ignoran el cielo estrellado, mundos ahogados en contaminación, sociedades abarrotadas por la sobrepoblación y corazones aislados por el individualismo rampante. Si alguna vez te preguntaste cómo el Principito miraría nuestro caos moderno, este libro es tu boleto a un viaje estelar que te hará reír, reflexionar y soñar de nuevo.

Eloy Moreno

El nuevo viaje de El Principito

ePub r1.0
Marethyu 01.04.2026

Eloy Moreno, 2025
Ilustraciones: David Sierra
Diseño de cubierta: David Sierra

Editor digital: Marethyu
ePub base r3.0 (ePub 3)



Amar no es mirarse el uno al otro;
es mirar juntos en la misma dirección.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

Todas las personas grandes han sido niños antes.
(Pero pocas lo recuerdan).

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

I

Creo que acabo de sufrir el accidente más grave y, a la vez, más extraño de mi vida.

Ha sido como si, de pronto, en medio de la lluvia, alguien me hubiese hecho una foto con un flash gigante.

He cerrado los ojos durante un segundo y al abrirlos me he encontrado flotando en medio de la oscuridad.

Todo a mi alrededor ha cambiado. Hace unos minutos no era capaz de distinguir nada a un metro de distancia y, en cambio, ahora, el cielo está totalmente despejado. Si miro hacia arriba podría contar las estrellas, bueno… hay tantas que no las podría contar.

Cuando era pequeño un amigo me dijo que si tienes tanto de algo que no lo puedes contar es que tienes muchísimo. Pues eso, que ahora mismo hay muchísimas estrellas.

Me toco cada parte de mi cuerpo con cuidado, intentando que no se mueva demasiado el suelo. Todo parece estar bien, en su sitio. Puedo mover las manos, puedo mover los dedos, puedo mover los brazos, puedo mover las piernas, los pies…

Aún no sé muy bien cómo me ha dado tiempo a abrir el techo de la cabina y salir al exterior. Pero lo he conseguido, por increíble que parezca, aquí estoy, sentado sobre mi avión, que a la vez está sentado sobre el océano.

II

Miro dentro de la cabina con cuidado para no mover demasiado el avión y sonrío porque ahí está mi mochila, y eso es importante, muy importante, pues en su interior está mi cuaderno de dibujos y unos lápices.

Quizás esto ya lo he contado alguna vez: a mí, de pequeño, me encantaba dibujar, pero abandoné mi carrera de pintor porque nadie entendía el primer gran dibujo que hice. Era una serpiente boa que se comía a un elefante.

En un libro se explicaba que las serpientes boas se tragan a sus presas enteras, sin masticarlas. Después no pueden moverse y por eso duermen seis meses mientras hacen la digestión.

Tanto me impresionó aquel hecho que tuve la necesidad de dibujarlo.

El dibujo era este y lo llamé dibujo número 1:



A todas las personas grandes a las que se lo enseñaba les preguntaba si les daba miedo el dibujo. Y siempre me contestaban que no. «¿Cómo nos va a dar miedo un sombrero?», me decían.

Ninguno de ellos supo interpretar que era una boa y no un sombrero. Por eso tuve que hacerles de nuevo el dibujo, pero esta vez por dentro, para que lo entendieran.

Este fue mi dibujo número 2.



Pero, a pesar del dibujo y las explicaciones, las personas grandes me aconsejaron dejar mi carrera de dibujante para hacer algo de más provecho. Decidí, pues, elegir otro oficio y aprendí a pilotar aviones.

Años más tarde, cuando comprendí que no es lo mismo la opinión que la verdad, retomé mi carrera de pintor y comencé a dibujar sombreros.

Debo admitir que lo hice por orgullo, para conseguir la aprobación de las personas mayores, para que me dijeran: «Eso es un sombrero, sí señor, un bonito sombrero, tienes un buen futuro como dibujante».

Y aun así, todo salió mal.

III

El problema fue que volví a enseñarles mis nuevos dibujos a las mismas personas a las que ya les había enseñado la boa comiéndose al elefante.

Y claro, no tuve en cuenta que una de las cosas que más miedo les da a los adultos es equivocarse.

Las personas mayores casi nunca se atreven a decir lo que en realidad piensan, prefieren decir lo que creen que los otros quieren oír… sobre todo si esos otros son importantes. Sobre todo si esos otros son más importantes que ellos.

No los puedo culpar pues, durante un tiempo, a mí también me importó mucho lo que los demás pensaran de mí, hasta que me di cuenta de que en realidad nadie pensaba en mí.

Sí, ya sé que todo esto suena muy complicado, pero es que las personas mayores lo complicamos todo mucho.

Por eso, al enseñarles mis nuevos dibujos, estos que os muestro aquí, y preguntarles qué les parecían, ocurrió algo que nunca imaginé.



«Qué bonito es ese dibujo de una boa comiéndose un gato», «qué bonito es ese dibujo de una boa comiéndose un perro», «qué bonito es ese dibujo de una boa comiéndose una oveja…», me decían.

Nadie parecía darse cuenta de que en realidad solo eran sombreros.

Tras este nuevo fracaso volví a abandonar mi carrera de pintor. Sí, otra vez.

Para las personas mayores la palabra abandonar suele ser definitiva, pero en realidad las cosas pueden abandonarse tantas veces como pueden volver a retomarse. De hecho, no se ha dado nunca el caso de alguien que haya retomado algo sin haberlo abandonado antes.

De todas formas, no tiré mi cuaderno, lo guardé. Por eso siempre lo llevo conmigo. Así, de vez en cuando, puedo dibujar en él cosas que me parecen interesantes.

También lo utilizo de diario, donde voy anotando las cosas importantes que me pasan, y esto que ha ocurrido hoy, sin duda, es importante.

IV

Esta situación me recuerda a una vez que tuve una avería en mi avión y aterricé en el desierto del Sahara. En aquella ocasión ocurrieron dos hechos notables: el primero es que, afortunadamente, a pesar de ir yo solo, pude arreglar mi avión y volver a casa. El segundo es que me encontré con el principito, alguien tan extraordinario que a día de hoy sigo dudando si lo conocí de verdad o solo fue un sueño.

Intento distinguir ahora luces a lo lejos por si algún barco me ha visto caer y viene a rescatarme, pero de momento solo me rodea la oscuridad. Estoy aislado en medio del océano.

Lo que sí que acabo de ver es una estrella fugaz que ha iluminado brevemente todo el océano. Ha pasado tan cerca que si yo fuese un poco más alto seguramente la hubiese tocado.

Podría dibujarla en mi cuaderno pero después nadie lo entendería. Les preguntaría si les parece emocionante mi dibujo y seguramente todas las personas mayores me contestarían lo mismo: «¿Cómo va a ser emocionante una línea en un papel?».

Pero no importa, yo voy a dibujarla igual, justo aquí arriba, en la esquina del cuaderno y así, cada vez que la vea, recordaré que hasta en los momentos más oscuros aparece una luz.

Me está entrando sueño… es tan fácil dormirse cuando te está balanceando el mar.

V

—Por favor… ¡Dibújame un topo!

—¿Eh?

—Dibújame un topo.

Abrí los ojos y miré hacia todos lados intentando averiguar de dónde venía aquella voz.

Al principio pensé que solo había sido un sueño pero, poco a poco, conforme mis ojos se acostumbraban a la oscuridad pude observar cómo la suave luz de la luna iluminaba a un hombrecillo que se había colocado a mi lado, de pie.

No dejaba de mirarme.

Seguramente, si hubiera sido la primera vez, del mismo susto me habría caído al agua, pero quien estaba allí no era para mí un desconocido. Era mi principito.

—¿Un topo? No sé dibujar topos, nunca he dibujado ninguno.

—Que nunca hayas dibujado ninguno no significa que no sepas dibujar topos. Yo nunca he saltado cien veces seguidas, pero si me pongo a ello seguro que puedo hacerlo.

Estuve a punto de decirle que por favor no lo hiciera justamente en ese momento, pues saltar cien veces seguidas sobre un avión que está flotando en el mar nunca es una buena idea.

—Ahora solo sé dibujar esto. —Y le mostré mis dibujos para continuar la conversación y que se olvidara de esa idea de saltar.

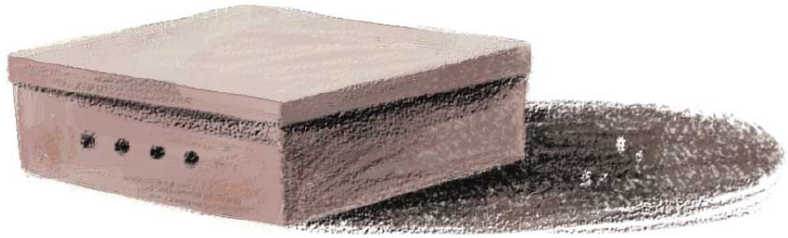
El principito los miró con cierto desinterés.

—Vaya, has dejado de dibujar boas para dibujar sombreros… No está mal, pero… ¿para qué sirve dibujar un sombrero si no hay ninguna cabeza debajo? Dibújame un topo y salvarás mi planeta —insistió.

Recordé lo ocurrido la última vez que me pidió que dibujase un cordero, os lo cuento.

Como tampoco sé dibujar corderos, hice varios intentos pero no le gustó ninguno: que si en lugar de dibujar un cordero había dibujado un carnero porque tenía cuernos, que si el cordero que había dibujado estaba enfermo, que si era demasiado viejo… así que al final dibujé una caja y le dije que el cordero que él quería estaba dentro. Y pareció satisfecho.

Por eso esta vez dibujé directamente la caja para no tener que perder el tiempo en topos que seguramente no le iban a gustar. Uno suele tener prisa cuando está sobre un avión que intenta flotar en el mar.



—Ahí dentro está el topo que quieres —le dije dándole rápidamente una de las hojas de mi cuaderno.

El principito cogió el dibujo y lo estuvo mirando largo tiempo. Bueno, cuando te estás hundiendo, dos o tres segundos ya son un largo tiempo.

—Es pequeño… pero es perfecto para mi planeta —sonrió—. ¿Ves? No era tan difícil. Intentarlo ya es hacerlo.

Cogió la hoja con el dibujo, lo apretó junto a su cuerpo y se puso a mirar hacia el infinito, con un porte erguido. El viento movía su capa y le daba una apariencia espacial.



Y yo volví a quedarme absorto mirando a aquel hombrecillo que, de nuevo, había aparecido de la nada. Por un momento cerré los ojos pensando que solo era mi imaginación.

Pero al abrirlos continuaba ahí.

Finalmente, al ver que no decía nada, le hice la pregunta que todos vosotros estaréis pensando.

VI

—¿Para qué quieres un topo?

Parpadeó varias veces como si se hubiera olvidado de que yo estaba allí. Como si se hubiera olvidado de que él mismo estaba allí.

—El cordero ya no se come los baobabs —me dijo sin mirarme.

Y se quedó en silencio. Nada más añadió a su respuesta.

En ese momento me acordé del problema que tenía el principito con los baobabs.

Resulta que en su planeta, como en todos los planetas, había hierbas buenas y hierbas malas. La cuestión es que su planeta era tan pequeño que debía tener mucho cuidado con las malas hierbas, sobre todo con las que después se convertían en grandes árboles como los baobabs. Pues, si no arrancaba un baobab a tiempo —cuando aún era hierba— y este comenzaba a crecer, el árbol podía llegar a perforar con sus grandes raíces un planeta tan pequeño como el del principito.

Recuerdo que hice un dibujo de lo que podría pasarle a su planeta si no se arrancaba un baobab a tiempo, lo tengo por aquí, en mi cuaderno, mirad:



Por eso, el principito tenía que dedicarse todas y cada una de las mañanas a limpiar de malas hierbas el planeta. Era un trabajo fácil, pero muy aburrido.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que un cordero podría ayudarle a arrancarlas siempre y cuando supiera diferenciarlas de otras hierbas o flores.

Y esa fue la razón por la que le dibujé aquella caja.

Lo que ahora no entendía es qué había ocurrido con el cordero, ¿por qué ya no se comía los baobabs?

VII

—¿Por qué ya no se come los baobabs tu cordero? —le pregunté.

Pero en lugar de contestarme continuó mirando hacia el cielo, en silencio.

Aproveché yo también para mirar a mi alrededor, para ver si distinguía algún barco en el horizonte que viniera a salvarme. Pues, aunque no lo he comentado para no asustar demasiado a los lectores, el avión se iba hundiendo poco a poco, y yo con él. El agua ya empezaba a tapar las alas.

—Si fueras un cordero podrías ver si viene algún barco sin apenas girar la cabeza —me dijo el principito sin dejar de mirar hacia el cielo.

—¿Qué? —respondí sorprendido, pues lo que menos espera uno cuando se está hundiendo en el mar es ser un cordero.

—Los corderos tienen los ojos rectangulares. Así pueden mirar hacia delante y hacia atrás sin apenas girar la cabeza. Por eso mi cordero, de un solo vistazo, podía detectar cualquier baobab.



—No lo sabía —le contesté, mirando de nuevo hacia el horizonte por si conseguía distinguir alguna luz que viniera a salvarme.

—Vaya, dibujas corderos y no sabes nada de ellos… —dijo mientras comenzaba a caminar por el fuselaje del avión hacia mí.

VIII

Cuando ya estaba casi a mi lado…

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Me he vuelto a caer —le dije.

—Vaya, vosotros os caéis continuamente —me respondió riéndose, con una carcajada que me irritó mucho, pues no me gusta que no se tomen en serio mis desgracias.

Se acercó un poco más a mí y, casi en susurro, continuó hablando:

—Siempre me encuentro con personas que se han caído: de una montaña, de un edificio, de un puente… a veces se caen estando simplemente de pie… Siempre os estáis cayendo —sonrió, y comenzó a observar con curiosidad todo el avión.

Después de haber caminado muchos pasos sobre él se acercó de nuevo a mí.



—Pero esta vez has venido con dos aviones a la vez, ¿cómo has podido hacerlo?

Estuve a punto de decirle que no eran dos aviones, sino solo uno que parecían dos, que era un modelo especial llamado P38 que tenía un doble fuselaje, con la cabina en medio de las alas…, pero para ese momento el principito ya se había ido hacia una de las dos colas, lejos de mí.

Con un movimiento suave, se sentó en el borde y se quedó allí, balanceando los pies a unos centímetros del mar.

—Es extraño este planeta, lo llamáis Tierra y en cambio casi todo es agua —dijo mientras se abrigaba con su bufanda.

Yo, desde atrás, aproveché la luz que nos regalaba la luna para dibujarlo en mi cuaderno, para asegurarme a mí mismo que era real ese momento.

Os dejo aquí el dibujo que hice:



—¿Tú nunca te caes? —le pregunté al principito desde lejos, pues había ya demasiado silencio.

—Claro, yo a veces también me caigo, pero siempre hacia arriba, hacia algún planeta de esos —me contestó mientras señalaba el cielo—, pero nunca hacia abajo, eso es ridículo.

IX

Recordé en ese momento que al principito le encantaba visitar planetas, así que decidí preguntarle por sus viajes.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado?

El principito se arremolinó la bufanda alrededor de su cuello, se levantó y, lentamente se fue acercando de nuevo a mí.

—Es por los baobabs. El cordero ya no se los come. Me da miedo que mi planeta explote. Allí vive también mi rosa.

¡Claro! Me acordé de la rosa del principito.

Os cuento que en el planeta del principito siempre habían nacido flores que aparecían por la mañana y desaparecían por la noche, pero un día se fijó en una que era especial. O quizás fue especial porque se fijó en ella.



Le pareció la más hermosa de todas las flores y comenzó a cuidarla, o quizás porque comenzó a cuidarla fue hermosa.

Al final averiguó que su flor era una rosa, lo que tardó en entender es la utilidad de sus espinas. Fue en una visita al planeta de las flores cuando finalmente comprendió para qué servían, pero eso os lo contaré más adelante.

Sabiendo lo importante que era la rosa para el principito le pregunté por ella.

—¿Cómo está tu rosa?

Pero, por su expresión, me di cuenta de que no había acertado ni con la pregunta ni con el momento, pues debéis saber que para cada pregunta hay un momento, sobre todo para las que pueden hacer daño.

El principito decidió no escucharla y cambió de tema.

X

—Tengo un manzano —me dijo, y se le iluminó el rostro.

—¿Un manzano? Pero… con lo pequeño que es tu planeta… —le contesté con temor.

Me imaginé las raíces de ese manzano creciendo y creciendo, y atravesando y haciendo explotar su planeta.

—Es un manzano pequeño que da manzanas pequeñas y, por eso, tiene raíces pequeñas —me dijo con esa sonrisa de quien tiene todas las respuestas.

Me explicó que en uno de sus muchos viajes por los planetas vecinos llegó a uno casi tan pequeño como el suyo en el que había todo tipo de árboles pequeños con raíces pequeñas que daban frutos pequeños.



—Ah, un bonsái —le dije.

—¡Qué palabra más extraña! —me contestó.

—Un bonsái, así es como se llama ese tipo de árboles —le informé.

—Ah, yo prefiero llamarlo árbol pequeño.

Y sin darle demasiada importancia a la información que le acababa de ofrecer, continuó hablando.

—Mi manzano es pequeño, pero da mucho trabajo. Las cosas pequeñas son las que más hay que cuidar.

Entonces el principito comenzó a explicarme todo lo que hacía en un día normal en su planeta. Nada más asearse, tocaba revisar las hierbas y arrancar los brotes de baobabs. Después regaba su rosa, deshollinaba los

tres volcanes que tenía —aunque uno de ellos estaba extinguido— y, al finalizar la limpieza, dedicaba un gran tiempo a cuidar de aquel pequeño manzano: podaba delicadamente sus ramas, lo regaba con cinco gotas de agua al día, ni una más ni una menos, dos sobre las ramas y tres directamente en la tierra.

—¿Cómo puedes hacer todo eso tú solo? —le pregunté.

—No sé, hasta ahora nadie me ha dicho que no pueda hacerlo.

Me explicó también que, después de muchos y disciplinados cuidados, solo al tercer año su árbol comenzó a dar manzanas. Me di cuenta de que comer una manzana de aquel árbol era algo inmensamente importante.



Y lentamente, con movimientos sutiles, el principito se sentó junto a mí.

—A veces mi rosa se siente celosa del tiempo que le dedico al manzano —me susurró.

En cuanto nombró de nuevo a su rosa algo cambió en su interior, pues en un mar totalmente en calma noté cómo el suelo comenzaba a moverse.

¡Cómo debían de ser sus latidos para que un corazón tan pequeño consiguiera mover un avión!

XI

—¿La echas de menos?

—¿Qué es echar de menos? —me preguntó.

—Es querer estar con quien en ese momento no puedes —le dije.

—Entonces sí, mucho.

Y se acurrucó lentamente sobre mis piernas.



—A veces la echo de menos a propósito. A veces me alejo unos cuantos pasos de ella hasta que no la veo y me siento en el suelo para observar cómo desaparece el sol. He llegado a echarla de menos durante treinta y cuatro atardeceres seguidos.

Debo explicar aquí que como el planeta del principito es tan pequeño, le bastaba moverse unos pasos para ver un nuevo atardecer a cada momento.

—Y entonces, cuando el dolor de extrañarla es demasiado grande, me pongo de pie y comienzo a caminar hacia ella. En cuanto veo aparecer su sombra me pongo alegre de nuevo.



—Es importante no tener siempre cerca lo que te hace feliz —le dije.

—Sí, es verdad. Pero la distancia también da miedo. —Noté que su pequeño cuerpo comenzaba a temblar.

—¿Miedo?

—Sí, la distancia es algo aterrador. Nunca sé si mi rosa me va a echar de menos o me va a olvidar.

El principito apretó su cuerpo contra el mío.

—También tengo miedo por ella. La he dejado sola… y el cordero ya no se come los baobabs… y puede que alguien le haga daño, puede que sus espinas no sean lo suficientemente grandes para defenderse…

En ese momento recordé que el principito tenía una especie de cápsula de cristal para proteger a la rosa del viento, del frío, de la lluvia… o del ataque de un tigre…, si es que alguna vez aparecía un tigre en su planeta, algo muy poco probable.

—¿La cápsula de cristal funcionó? —pregunté.

—Funcionó demasiado, por eso se la quité.

—¿Funcionó demasiado?

—Sí, tanto quise protegerla que se estaba muriendo. Le quité el viento, la lluvia, el frío… le quité todo lo que la hacía estar viva. Proteger demasiado puede ser mortal —me dijo ya bostezando.



Poco a poco al principito se le iban cerrando los ojos.

No quise molestarle con mis preocupaciones, pero yo ya notaba el agua sobre la ropa, el avión se estaba hundiendo lentamente y por más que miraba hacia el horizonte no veía a nadie. Ni una luz, ni un sonido… nada.

—No es eterno estar a la deriva —me dijo, y se durmió durante un rato.

XII

Al poco despertó, justo cuando el que se estaba durmiendo era yo.

El principito parecía que nunca necesitaba descansar demasiado, unos minutos de sueño le bastaban para estar listo de nuevo.



Se puso en pie. El agua ya le llegaba casi por las rodillas, pero pareció no darle la más mínima importancia.

Comenzó a contarme que, como su cordero ya no se comía los baobabs, tuvo que emprender un viaje por los planetas más cercanos con el objetivo de encontrar una solución.

—¿Por qué ya no se come tu cordero los baobabs? —insistí para ver si era capaz de descubrir lo que le había ocurrido.



Pero no contestó, simplemente miró al cielo.

Como ya habréis notado, aunque el principito me acosaba continuamente a preguntas, él jamás parecía oír las mías.

Comenzó a contarme sus viajes.

XIII

El primer planeta que visitó estaba habitado por un gobernante tan inseguro de sí mismo que no consentía que le llevaran la contraria en nada.

Ya le habían advertido al principito que aquel hombre no era bueno, ni siquiera sabio, y aun así gobernaba. No obstante, como era uno de los planetas más cercanos al suyo decidió probar.

El dirigente, que estaba sentado sobre una sencilla silla, vestía de uniforme, con una camisa blanca y pantalones negros.

A su alrededor había riquezas de todo tipo.

—¡Ah, aquí un súbdito! —gritó mientras saludaba con un extraño movimiento de brazo.

Aquel grito le pareció totalmente innecesario al principito, pues el planeta era pequeño y no había nadie más alrededor.

—¡Acércate! —gritó de nuevo.





Ahí el principito interrumpió su historia para hacerme un apunte.

—Aquel hombre debía de tener el corazón muy lejos —me dijo.

Como no entendí muy bien a qué se refería le pregunté si podía explicarme eso del corazón y las distancias.

—Cuando las personas hablan —continuó— pueden hacerlo en voz baja o gritando. Cuanto más se gritan es porque más lejos están sus corazones. En cambio, cuanto más cerca están menos necesitan gritarse, por eso mi rosa y yo a veces solo nos susurramos.

Su cara dibujó una sonrisa.

Aquel hombre, pues, debía tener su corazón muy lejos de todos los que le visitaban, pensé.

Mi pequeño amigo, que desconfiaba de las personas que gritan demasiado, se mantuvo alejado unos metros.

—¡Acércate para que te vea mejor! —ordenó.

Y más por educación que por deseo, se acercó.

—¿De dónde vienes? —gritó de nuevo.

—¿Es importante eso? —contestó el principito.

—Para mis prejuicios es esencial saber de dónde vienen mis súbditos —respondió.

—¿Prejuicios? ¡Qué palabra más graciosa! —Sonrió el principito—. ¿Qué significa?

—¡Es cuando estoy absolutamente seguro de algo que no conozco! —gritó de nuevo el gobernante.

Como no tenía intención de mantener una conversación muy larga con aquel hombre, simplemente dijo lo que había ido a decir.

—Mi cordero ya no se come los baobabs. Estoy buscando una solución.

Aquel gobernante, como buen mandatario todopoderoso, ignoró totalmente el problema que se le acababa de plantear.

—¿Ves todo lo que hay a mi alrededor? ¡Pues todo es mío! —gritó una vez más, algo que irritaba sobremanera al principito.

—Solo veo cosas —le respondió.

—¡Todas esas cosas son mías! ¡Todo, todo lo que hay en este planeta es mío!

El principito dudaba de que de allí pudiera obtener la solución a su problema y ya estaba a punto de irse cuando…

—¿Qué llevas ahí? —preguntó el gobernante.

—Unas manzanas que me he traído para el viaje.

El mandatario se levantó y, lentamente, se acercó para poder verlas mejor.

—Son realmente pequeñas —le dijo.

—Son pequeñas porque mi planeta es pequeño, pero el esfuerzo para conseguir que crezcan ha sido enorme, he estado mucho tiempo…



El gobernante, que además de todopoderoso era maleducado, le interrumpió de inmediato y, con un movimiento rápido, le quitó la cesta.

—Pero… esas manzanas son mías —protestó el principito.

Con una risa grotesca, aquel hombre cogió una de las manzanas y se la llevó a la boca.

—Serían tuyas en tu planeta, pero como ya te he dicho, todo lo que aquí hay es mío: son míos todos esos trajes que ves, es mía toda la comida,

son míos todos esos objetos de oro, son mías también estas manzanas… y tú también eres mío —añadió.

El principito comenzó a llorar pues en el interior de ese cesto estaba el trabajo de muchos meses. Allí estaban todos los momentos que no había podido compartir con su rosa.

El gobernante no hizo caso de sus lágrimas y se comió las manzanas en apenas tres o cuatro bocados.

—No son gran cosa —dijo cuando se las hubo acabado.

—Saben mejor cuando las ha cuidado uno mismo —le replicó el principito.

Esa impertinencia molestó sobremanera a un mandatario que parecía no estar acostumbrado a que nadie le llevase la contraria.

—¡No voy a tolerar las impertinencias! —gritó—. ¡Te encerraré para que aprendas!

Y el principito, de pronto, se encontró en el interior de una celda. Desde allí observó cómo el mandatario se volvía a sentar en su silla y se quedaba dormido.

«Pobre hombre —pensó el principito—, cree tenerlo todo y en realidad no tiene nada».



Aprovechó también él para descansar un poco y, tras unos minutos de ensueño, de un solo salto, cayendo hacia el cielo, desapareció de allí.

Tuvo pues que volver a su planeta para coger el resto de las manzanas de su árbol y prepararse de nuevo para el viaje.

Al menos pudo compartir veinte amaneceres más con su rosa. A veces perder es ganar.

XIV

El segundo planeta que visitó se hacía llamar el planeta feliz, y allí llegó el principito con la cesta nuevamente repleta de manzanas.

El gobernante estaba en el interior de un pequeño palacio, sentado sobre una sencilla silla. Vestía de uniforme.

A su alrededor también había todo tipo de riquezas.



—¡Ah, aquí un compañero! Bienvenido. Has llegado al planeta más feliz de todo el universo —dijo el gobernante con un tono amable, que contrastaba totalmente con el tono utilizado por el mandatario del planeta anterior.

—Buenos días. ¿Y por qué es tan feliz? —preguntó el principito.

—Porque aquí todo es de todos —le respondió el hombre con una amplia sonrisa.

—¿Todo es de todos? —repitió el principito con alegría, pues había pasado de un planeta donde todo era de un solo hombre a uno donde todo era de todos.

—Pero acércate, acércate. ¿A qué debo tu visita? ¿Cómo puedo ayudarte? —le preguntó el dirigente de una forma cariñosa mientras con la mano le indicaba que se sentase allí, frente a él, en el suelo.

El principito planteó directamente la petición.

—Mi cordero ya no se come los baobabs, necesito una solución para que los baobabs no hagan explotar mi planeta.

—Hummm, baobabs. No te preocupes, aquí conseguiremos arreglar ese problema —le contestó con amabilidad.

Y verdaderamente el principito se sintió feliz con aquella respuesta.

—¿Qué llevas en la cesta? —le preguntó el gobernante mientras se le acercaba.

—Unas manzanas que me he traído para el viaje.

—No parecen gran cosa… —dijo el hombre cogiendo una de ellas.

—Son pequeñas porque mi planeta es pequeño, pero el esfuerzo para conseguir que crezcan ha sido enorme, he estado mucho tiempo…

El mandatario le interrumpió de inmediato.

—Si no te importa… —Y con un movimiento veloz de su brazo le quitó la cesta.

—Pero… son mías —protestó el principito.

—Eso, pequeño amigo, sería en tu planeta, pero como bien te he dicho, aquí esas manzanas son de todos.

—Pero he trabajado duro para poder conseguirlas… Han sido muchas horas sin poder estar con mi rosa…, y en cambio tú no te has esforzado nada para tenerlas —protestó de nuevo.

—La felicidad consiste en compartir. No hay nada más despreciable que un egoísta, ¿no serás tú un egoísta? —preguntó el gobernante.

Y con su mano cogió una de las manzanas y se la comió. Y volvió a coger otra, y se la comió.

Y otra.

Y justo cuando iba a comerse la cuarta, se la dio al principito.



—Toma, compañero, esta será para ti. El resto me las quedaré yo. Hay que ser muy justo para repartir las manzanas correctamente entre todos.

—Pero aquí no hay nadie más. Solo estamos tú y yo —protestó el principito.

—Así es, y tú eres muy pequeño, y en cambio yo soy muy grande y muy importante. Como comprenderás yo necesito muchas más manzanas que tú. Lo esencial de un planeta donde todo es de todos es que haya un buen gobernante que se encargue de repartir las cosas, ¿no crees? —continuaba mientras se comía una manzana tras otra.

El principito se puso de nuevo a llorar al ver que ya no quedaba ni una sola manzana en su cesto.

—No estés triste —le intentó consolar el mandatario—. No se puede estar triste aquí. ¡Mira! —le gritó mientras le acompañaba hacia una ventana que daba al exterior—. ¡Todo lo que ves fuera de este palacio también es tuyo!

—Pero ahí fuera no hay nada —protestó el principito.

—¡Sí! ¡Y toda esa nada también es tuya!

El principito, lleno de rabia, pues era la segunda vez que le habían quitado las manzanas, se atrevió a gritarle a aquel mandatario.

—¡Pues en verdad que aquí no he sido nada feliz! Y dudo mucho que nadie que viva aquí, excepto tú, pueda serlo.

—¡¿Cómo que no eres feliz?! —se encolerizó el gobernante alzando la voz de una manera violenta.

El principito se asustó, pues aquel hombre se parecía ahora demasiado al mandatario del planeta anterior.

—¡¿Sabes lo que hacemos aquí con la gente que no es feliz?! ¡La encerramos! —gritó.



Y el principito, de nuevo, se encontró en el interior de una celda.

Desde allí observó cómo aquel gobernante se volvía al interior de su palacio, se sentaba en su silla y se quedaba dormido.

Se planteó volver a su planeta, pero a su pequeño árbol ya no le quedaban manzanas. En cambio, le urgía cada vez más resolver el tema de los baobabs.

Así que decidió salir de allí y continuar su viaje.

XV

El siguiente planeta que visitó estaba habitado por tres hombres y tres mujeres que vivían sentados alrededor de una gran mesa redonda.

El principito, que ya se había cansado de planetas gobernados y habitados por una sola persona, pensó que allí podría encontrar la solución.

Nada más llegar, observó que frente a esa mesa había una larga cola de gente esperando para pedir consejo.



«He venido al lugar adecuado», se dijo a sí mismo.

Escuchó entonces el principito cómo, una a una, cada persona iba exponiendo sus dudas y preguntas a aquel grupo de mandatarios.

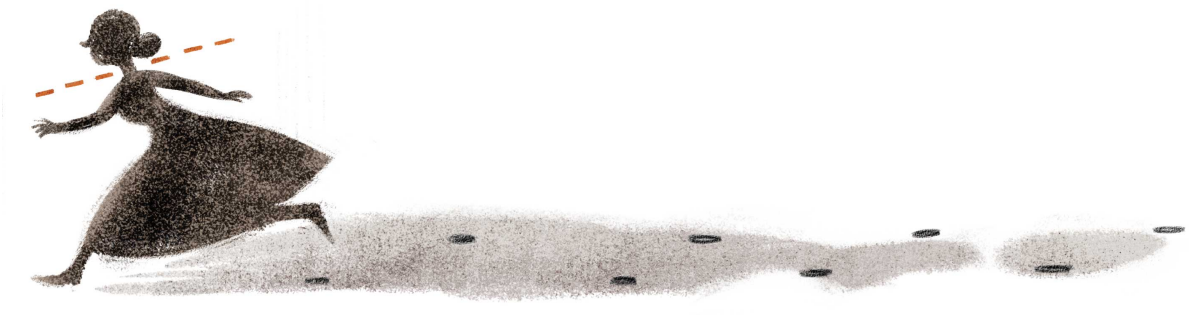
—Me duele mucho la cabeza —dijo una mujer—. Lo he intentado todo, pero no se me pasa. ¿Qué puedo hacer?

Los seis comenzaron a debatir su diagnóstico a pesar de que entre ellos no había ningún médico.

Hubo propuestas diversas: baños de agua fría, baños de agua caliente, masajes en la espalda, masajes en la frente, dormir boca abajo, dormir boca arriba…, pero ninguna de ellas salió adelante por mayoría.

Un hombre que esperaba en la cola, y que se identificó como doctor, propuso un remedio que había funcionado en casi todas las ocasiones: consistía en tomar infusiones de manzanilla, jengibre y menta, pero como ninguno de los seis conocía esas plantas decidieron ignorar su opinión.

Finalmente, uno de ellos propuso y argumentó que la mejor solución para que se le quitara el dolor de cabeza era cortársela.



Todos votaron a favor.

La mujer huyó de allí horrorizada.

Tras varias votaciones sobre temas de arquitectura, volcanes y terremotos, sin que ninguno de los seis tuviera conocimiento en dichas materias, le llegó el turno al principito.

—Mi cordero ya no se come los baobabs, necesito una solución para que los baobabs no destruyan mi planeta.

En realidad, ninguno de ellos sabía lo que era un baobab, pero tampoco ninguno de ellos lo preguntó por temor a que la gente se diera cuenta de su ignorancia.

Estuvieron debatiendo largo tiempo, realizaron diez votaciones sin sentido hasta que, finalmente, encontraron una propuesta que salió

aprobada por mayoría.

—La solución adecuada a tu problema es sencilla: debes cambiar de planeta —sentenciaron.

—Pero eso no es una solución, mi rosa vive allí —protestó el principito.

Uno de los seis se levantó.

—La resolución ha sido votada, y no hay nada más justo que la opinión de la mayoría —argumentó uno de ellos—. ¡Siguiente!

El principito, por temor a ser nuevamente encerrado en una celda, desapareció de allí de un salto.

Quizás en aquel planeta aprendió una de las lecciones más importantes sobre las personas mayores, y es que estas suelen opinar sobre cosas que no saben, y que, cuantas menos cosas saben, más opiniones tienen.

XVI

El cuarto planeta que el principito visitó estaba habitado únicamente por flores, allí no había ninguna persona.

—Buenos días —dijo el principito.

—Buenos días —contestó una margarita blanca que estaba a sus pies.

—Qué bonito está todo, qué bonitas flores, qué bonita la naturaleza… —continuó el principito—, pero no veo a ninguna persona.

—Quizás por eso hay tantas flores —le contestó la margarita.

El principito comenzó a caminar con cuidado, pues apenas había lugar en el suelo de aquel planeta donde no naciera la vida.

—Hola, principito —le susurró una rosa. Sorprendido, se agachó para hablar con ella.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó extrañado.

—Hasta aquí ha llegado tu fama…, se dice que te gusta mucho cuidar a las rosas.



—Me gusta cuidar a mi rosa —contestó.

—¿Podrías cuidarnos también a nosotras? —le dijo otra de ellas, intentando acercar sus pétalos a los pies del principito.

—Pero ya sois muy bonitas, no necesitáis a nadie que os cuide.

—Las flores bonitas también necesitan cariño.

El principito se dio cuenta de que todas las rosas que tenía a su alrededor se estiraban para acercarse a él.

—¡Abrázame como abrazas a tu rosa! —le dijo una de ellas.

El principito, inocente, alargó su brazo y colocó la mano como siempre la colocaba cuando abrazaba a su rosa, con los dedos en la misma posición.





—¡Ay! —gritó de dolor nada más tocarla.

Observó cómo de uno de sus dedos comenzaba a salir un hilo de sangre.

—¿Te he hecho daño? —preguntó apenada la flor.

—Me he hecho daño yo —contestó el principito mientras se chupaba con la boca el dedo para evitar que saliera más sangre.

—En realidad os habéis hecho daño los dos —añadió una vieja flor que había visto todo lo ocurrido.

—Pero no lo entiendo, la he abrazado como siempre abrazo a mi rosa —dijo de nuevo el principito.



—Pero ella no es tu rosa —añadió la flor.

Y de pronto, el principito sonrió.

Acababa de comprender que las espinas no eran pura maldad de las flores, sino que, con ellas, las rosas se aseguraban de recibir el cariño adecuado.

—¡Prueba a acariciarme a mí! —le dijo otra rosa.

—¡Prueba conmigo! —le dijo otra.

—A mí, a mí, a mí…

—No puedo —les susurró el principito.

—¿Por qué no puedes? ¿Por qué no puedes? —se escuchaba como un enjambre de mil voces.

—Porque nos volveríamos a hacer daño. La forma de mi mano está hecha para acariciar a una sola flor.

Y fue en ese instante, al pensar de nuevo en su rosa y en los baobabs cuando se sumió en la tristeza.

El principito expuso su problema a las flores y estas le recomendaron visitar el planeta de la sabiduría.

Era un planeta bastante lejano y de ruta complicada, pero cuando uno tiene un problema tan importante como salvar la vida de una rosa no repara en esos detalles.

XVII

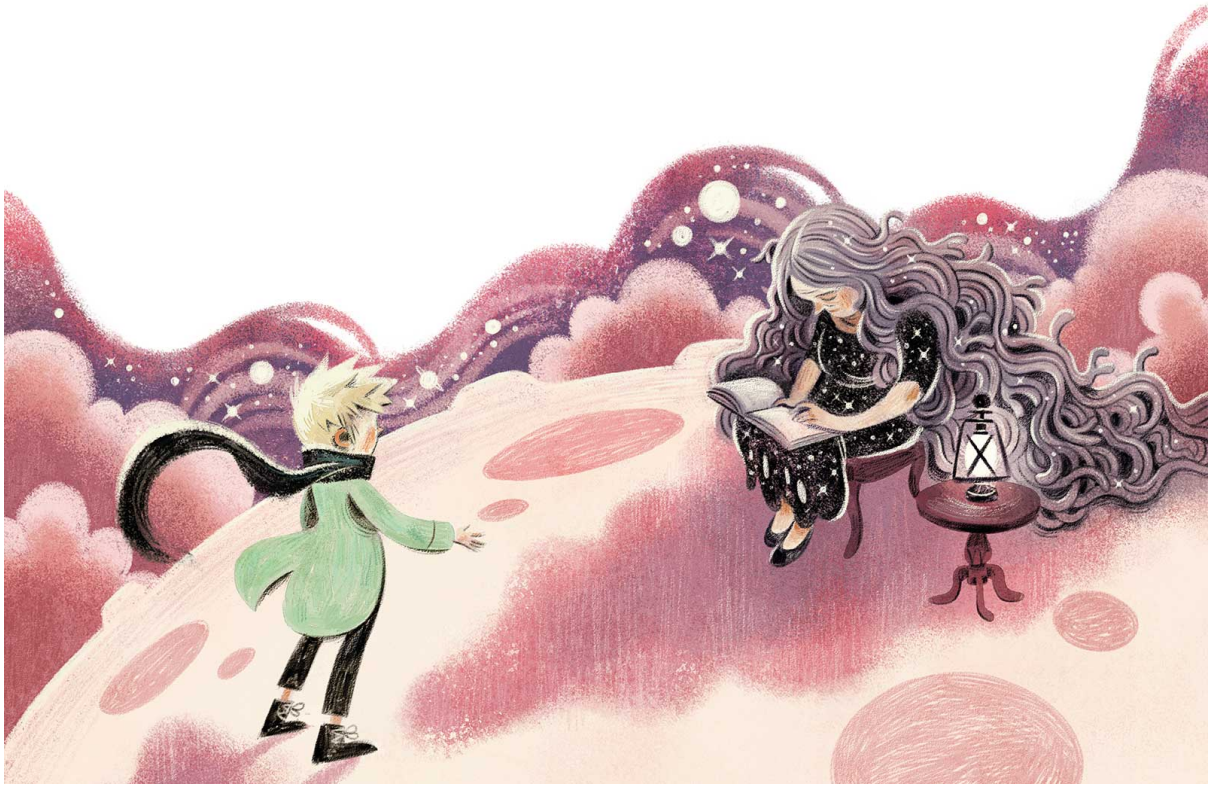
Y fue así como, después de perderse varias veces por el espacio, el principito llegó al quinto planeta. Al planeta de la sabiduría.

Allí descubrió a una mujer sentada sobre una pequeña silla leyendo un libro. Pero al no ver a nadie más, el principito pensó que se había equivocado de lugar.

—Hola —dijo el principito.

—Hola, hombrecito, ¿en qué puedo ayudarte?

—He visitado el planeta de las flores y me han recomendado venir aquí.



—Entonces estás en el lugar correcto, pues nunca la naturaleza dice una cosa y la sabiduría otra.

El principito volvió a mirar, curioso, a su alrededor, algo que no pasó desapercibido para la anciana.

—¿Buscas a alguien?

—Me extraña que no haya nadie más aquí, esperando para hablar contigo.

—Hoy eres tú el primero y seguramente el último.

—¿Nadie necesita saber nada?

—Hoy en día la información está por todos los sitios.

La mujer le explicó al principito que, desde hace ya un tiempo, a su alrededor había muchos planetas habitados por pequeños sabios. Sabios mucho más jóvenes, más guapos, y más famosos sin duda que ella.

—Esos pequeños sabios tienen muchas más visitas que yo. Algunos tienen colas que llegan hasta otras galaxias.

—¿Y saben las respuestas a lo que se les pregunta? —insistió el principito.

—Cuando las preguntas son pequeñas no se necesitan respuestas demasiado grandes. Esos sabios simplemente buscan datos y los recitan. El problema es que, si al día siguiente se les vuelve a preguntar por lo mismo, tienen que buscar la información de nuevo, porque no se acordarán de nada.

—¿No recuerdan las cosas?

—No, no las recuerdan. Solo buscan y recitan. Y saber también es acordarse.

El principito no lograba comprender para qué servían los sabios que no eran capaces de acordarse de nada.



—Por ejemplo —continuó la mujer—, conozco un pequeño sabio que habita en un planeta cercano y que tiene más de dos millones de visitantes al día.

—Vaya, dos millones al día, debe de saber mucho. —Movió la mano el principito sin poder disimular su asombro.

—Es un joven que lo sabe todo de todo, absolutamente todo. Imagínate lo tonto que es —dijo la mujer.

Y ambos comenzaron a reír.

Pero al instante, como si el hecho de reír le hubiera recordado también su tristeza, el principito le explicó cuál era su problema.

—¿Podrían ayudarme a mí esos sabios? —concluyó el principito.

—Cualquiera de ellos podría decirte el nombre técnico del baobab, los metros de altura que puede llegar a medir o lo ancho que puede llegar a ser, pero seguramente ninguno de ellos ha visto uno en su vida. Seguramente ninguno de ellos ha cavado en el suelo para extraerlos cuando solo son malas hierbas, ninguno de ellos ha sentido miedo al saber que sus raíces pueden hacer explotar un planeta o matar una rosa.

El principito, al escuchar esas palabras se asustó, pues recordó la urgencia de su problema.

—¿Y tú podrías ayudarme? —insistió.

—Yo sí he visto un baobab y entiendo tu preocupación. He visitado más de mil planetas, he debatido con más de cien mandatarios, he visto hierbas buenas y hierbas malas, he conversado con flores, árboles, insectos y peces. He subido montañas, he limpiado volcanes y me he escondido en cuevas. Y al igual que tú, mi pequeño principito, he amado tanto que he sentido miedo.

El principito se había quedado sentado en el suelo, maravillado, escuchando a aquella mujer que sin darle aún ningún dato era, hasta ese momento, la persona que mejor había comprendido su preocupación.

—Pero no, no tengo la solución a tu problema —continuó—. Aunque sé dónde puedes encontrarla.

—¿Dónde? —preguntó el principito impaciente.

—Donde está escrito todo lo que ya ha ocurrido.

—¿Dónde? —insistió.



—En los libros. Tanto he leído como sé, tanto sé como he leído. Recuerdo uno donde a un muchachito le ocurría lo mismo que a ti. No olvides que casi ningún problema es nuevo.

—¿Dónde podría encontrar ese libro?

—En el planeta de los libros, claro —sonrió la mujer.

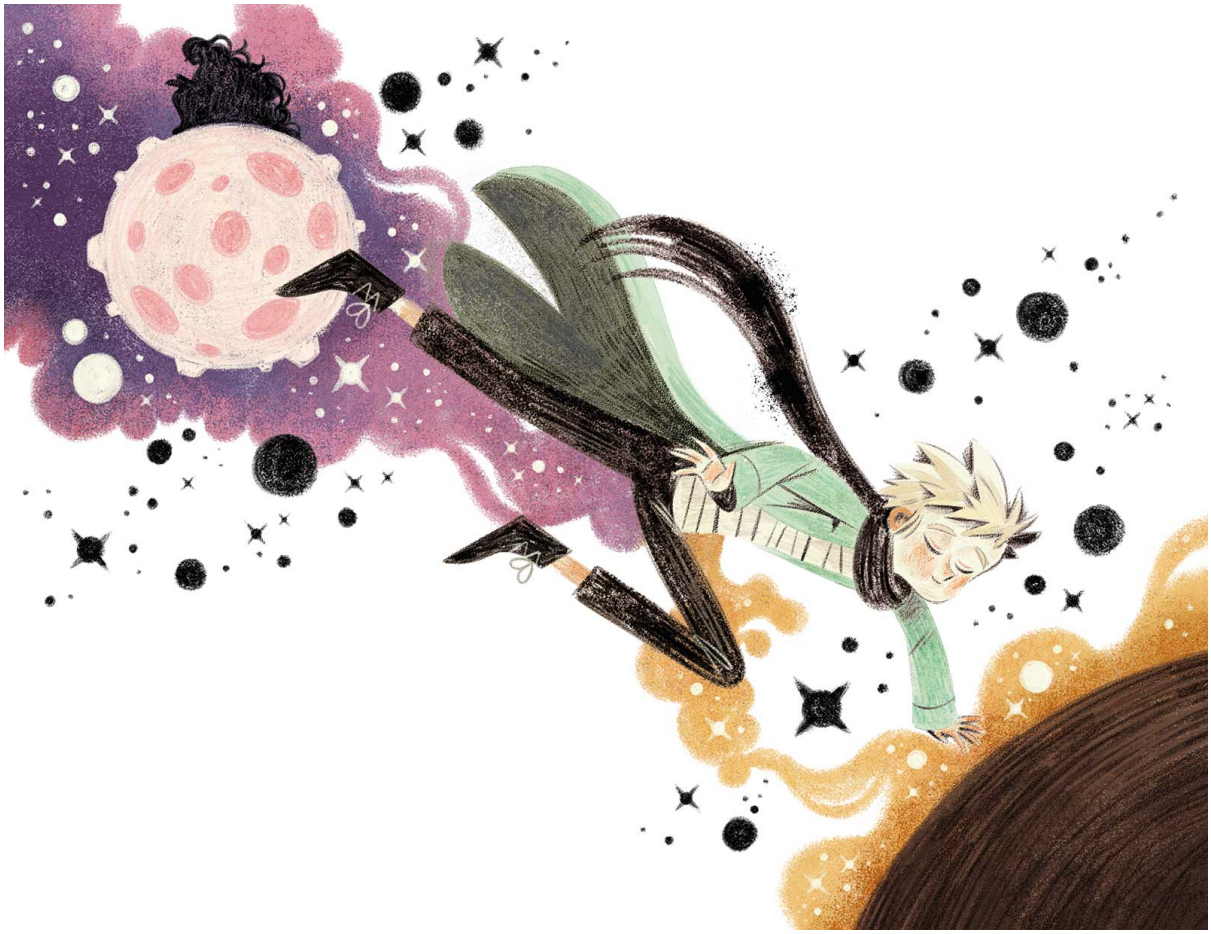
—¿Está lejos ese planeta?

—¿Lejos? No, no. El planeta de los libros es el más cercano al planeta de la sabiduría. Lo encontrarás a unos pasos en dirección a esa estrella. —Le indicó la anciana señalando un pequeño punto que estaba justo al lado.

—Gracias —dijo feliz el principito.

Y salió de allí.

Y, en efecto, en apenas treinta y dos pasos llegó.



XVIII

El principito me contó que el sexto planeta que visitó estaba cubierto en su totalidad por montañas de libros.

Pensé que era una forma de hablar, pero lo decía literalmente, pues las montañas de aquel planeta no estaban formadas por rocas y tierra, sino por libros. Había allí millones de millones de ejemplares.

Después de caminar durante varios minutos y no ver a nadie, por fin, a lo lejos, el principito observó a un anciano que iba corriendo de un lado a otro, subiendo y bajando montañas de libros.



—¡El volumen mil novecientos! —se decía a sí mismo—. ¿Dónde está el volumen mil novecientos?

—¡Hola! —gritó el principito desde abajo.

El anciano, al percatarse de que no estaba solo, bajó corriendo hacia él.

—Siempre que uno está ocupado vienen a interrumpirle, así no hay manera de avanzar —protestó.

—Pero ¿y si uno siempre está ocupado? —preguntó el principito.

—Entonces cualquier visita es una interrupción —contestó el anciano mientras dejaba una bolsa en el suelo—. ¿Y es culpa entonces de quien interrumpe o de quien no tiene tiempo para ser interrumpido?

El principito no supo qué contestar a aquel dilema.

—Pero dime, ¿en qué te puedo ayudar?

El principito le contó al hombre su problema con los baobabs y también la conversación que había mantenido con la mujer del planeta de la sabiduría.

—En los libros están todas las respuestas porque casi siempre hay alguien al que le ha ocurrido con anterioridad lo mismo que te ha podido ocurrir a ti.

El principito alegró el rostro.

—Ahora lo único que tenemos que hacer es encontrar el libro en cuestión. Baobabs, ¿verdad? Vamos a ver…



El hombre salió corriendo y el principito tras él.

Mientras subían y bajaban las montañas, aquel extraño bibliotecario le iba a explicando al principito qué tipo de libros había en cada una de ellas.

—En aquella montaña de allí encontramos los libros que cuentan el pasado de cada planeta.

—¿Y para qué sirve saber el pasado? —preguntó curioso el principito.

—Sobre todo para no repetirlo.

Continuaron corriendo por una amplia senda.

—En esa otra montaña de allí están los libros que nos ayudan a encontrarnos.

—¿Son mapas? —preguntó el principito.

—Son mapas para cuando estamos perdidos por dentro.

—Aquellos de allí son los que te hacen vivir otras vidas —le dijo mientras señalaba unas montañas lejanas.

—¿Otras vidas?

—Con esos libros puedes viajar sin moverte y vivir otras vidas: puedes ser un rey, un explorador, un luchador, un marinero…

El bibliotecario, de un salto, cruzó un río y el principito fue tras él. Atravesaron un valle y volvieron a subir otra gran montaña.

—¿Cómo llegan aquí todos estos libros? —preguntó de nuevo el principito cuya curiosidad jamás tenía límites.



—Vienen de todos los planetas. Muchos llegan aquí cuando un gobernante se ha vuelto tan listo que ya no los necesita.

En ese momento atravesaron una cueva y llegaron a un nuevo valle que dejaba a su izquierda dos montañas inmensas, casi iguales, una negra

y otra blanca.



—¿Qué libros hay allí? —preguntó el principito.

—Ah, en esas dos montañas… La negra es la de los libros que prohíben… A veces llegan un poco quemados, de ahí el color ceniza, aquí intentamos recuperarlos.

—¿Prohíben libros? —interrumpió sorprendido el principito, que por un momento temió que el libro de los baobabs estuviera en esa montaña.

—Sí, pero no te preocupes, el libro que buscamos no está ahí, a nadie molestan tanto los baobabs.

El principito respiró aliviado.

—¿Y esos otros? ¿Esa montaña blanca? —insistió.

—Esos son las versiones originales de los libros que cambian.

—¿También cambian los libros? —El principito no parecía salir de su asombro.

—Sí, claro, los libros cambian.

—¿Por qué?

—Por muchas las razones, a veces hay datos equivocados y salen ediciones nuevas; a veces se comenten errores a la hora de imprimirlos… Y a veces basta con decir que un personaje feo es feo.

—Pero ¿y si en realidad el personaje es feo?

—Así de loco está el mundo.

Las personas grandes son decididamente muy, pero muy extrañas, se decía a sí mismo el principito mientras continuaba caminando.

Tras casi una hora, por fin llegaron hasta una gran montaña de color verde.

El hombre subió unos cuantos metros y comenzó a buscar en una estantería infinita.

—¡Lo tengo! —gritó a los pocos minutos, y bajó corriendo.



El principito estaba tan feliz como puede estarlo quien se encuentra cerca de salvar a una rosa.

—Veamos… veamos… —El anciano comenzó a pasar las páginas—. ¡Aquí está!

Durante unos segundos eternos solo hubo silencio.

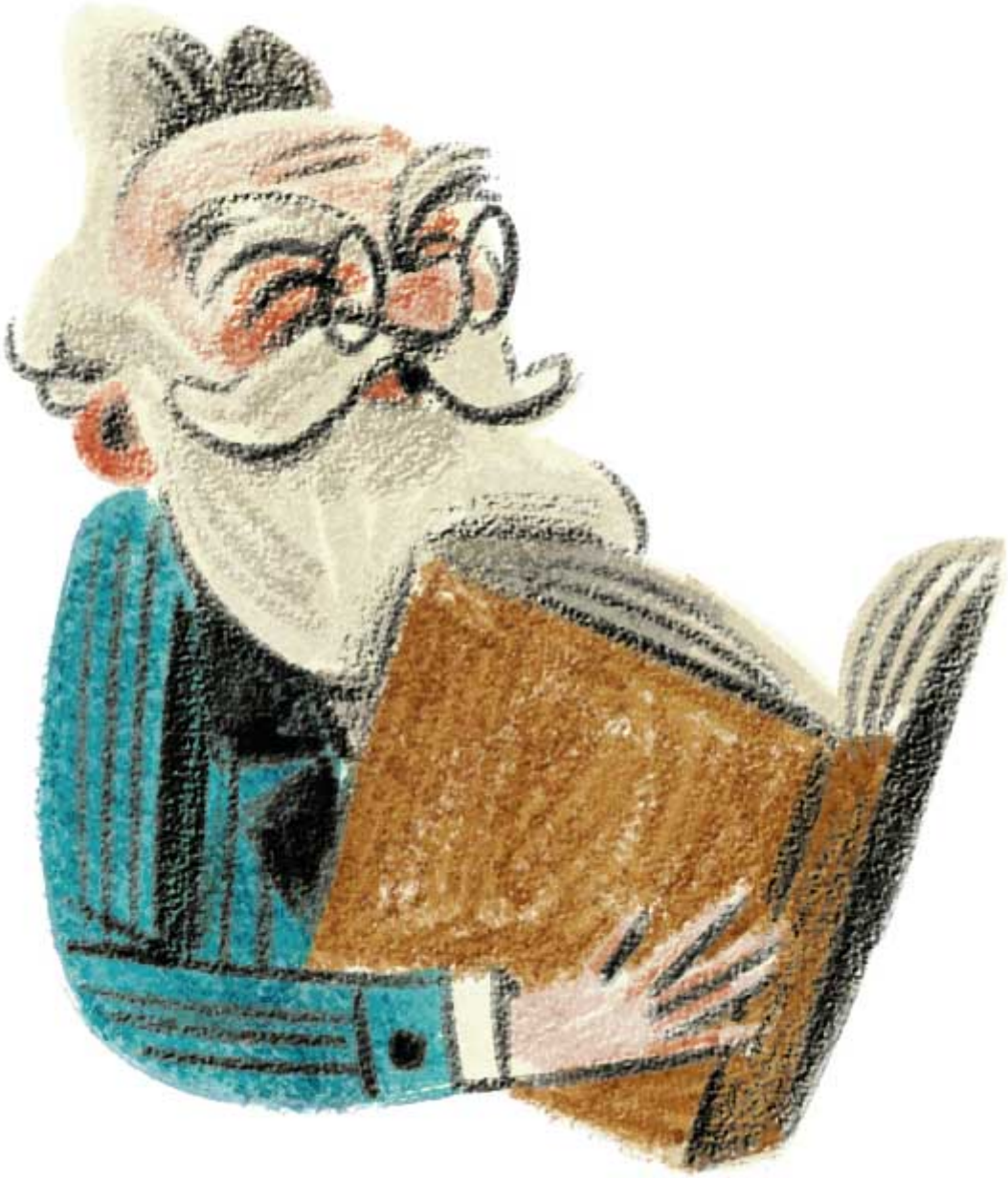
—¡Un topo! —exclamó de pronto el bibliotecario.

—¿Un topo? —preguntó el principito, que jamás había escuchado esa palabra.

—Sí, así es, aquí pone que hace unos años, un príncipe que vivía en un planeta tan pequeño como el tuyo tuvo el mismo problema con los baobabs. Consiguió solucionarlo con un topo.

—Pero ¿qué es un topo?

—Un topo es un pequeño animal que vive bajo tierra. Es capaz de distinguir las raíces de cualquier hierba, sea mala o sea buena.



—Entonces puedo domesticarlo y enseñarle a reconocer las raíces de los baobabs para arrancarlos a tiempo.

—¡Claro!

—¿Y dónde encuentro un topo?

—A ver, a ver… Los hay en varios planetas, pero la mayoría están demasiado lejos… Sin embargo…, sí, hay uno… ¡aquí está! Puedes encontrar topos en la Tierra.

El principito se sintió feliz porque era un planeta que conocía, ya había estado allí. Sabía cómo llegar a él.

Y así fue como el principito, de nuevo, visitó la Tierra.



XIX

El séptimo planeta fue, pues, la Tierra.

Cuando el principito llegó a la Tierra muchas cosas habían cambiado desde su anterior visita.

Había menos reyes, pero más hombres con tanto o más poder que los reyes. Había menos geógrafos, matemáticos o físicos y, en cambio, había muchas más máquinas que hacían todos esos cálculos por ellos.

Había también menos sabios y muchas más personas que se creían sabias en cosas cada vez menos importantes.

Sus habitantes, en general, querían parecer más sanos y felices por fuera y, en cambio, estaban más enfermos y tristes por dentro.

Había mil hombres de negocios y mil millones de hombres que dependían de esos negocios. Había muchísima más riqueza, pero repartida entre muchas menos personas.

Y algo que le sorprendió enormemente al principito es que, en un planeta tan grande, había cada vez más personas viviendo en lugares más pequeños.

Esta vez, al llegar a la Tierra no le ocurrió como en la anterior ocasión que lo primero que descubrió fue un desierto en el que solo encontró arena y una serpiente.



En esta ocasión llegó a una gran avenida de una gran ciudad con tantas personas moviéndose a la vez que, desde el cielo, le parecían abejas en una colmena.

XX

—¿Cómo cabe tanta gente aquí? —preguntó el principito a un hombre que estaba en el suelo.

—¿Tanta gente? —le contestó el hombre, al que no pareció extrañarle que un principito vestido con capa y bufanda apareciera a su lado, así, de repente.



—Sí, toda esta gente —continuó el principito—. He contado más de mil cabezas en unos pocos segundos, ¿cómo cabe toda esta gente aquí?

—¿Tanta gente? —repitió el hombre que no dejaba de mirar al principito— No sé, yo siempre estoy solo.

El principito volvió a mirar alrededor y, acostumbrado a la sencillez de su planeta, se dio cuenta de que sus ojos no estaban preparados para un ir y venir tan acelerado de cuerpos.

—¿Cómo se puede estar solo con tantas personas?

—Pues a mí nadie me ve —insistió el hombre.

El principito quiso comprobar si aquello era cierto y, durante unos minutos, se quedó allí, observando a toda la gente que pasaba ante ellos. Efectivamente, nadie los miraba.

—Yo hace tiempo también estaba solo en mi planeta, pero luego nació una rosa —dijo el principito.

—Ojalá yo tuviera una rosa —contestó el hombre.

—Hay que saber cuidar muy bien a las rosas, son orgullosas al principio.

—Primero tendría que saber cuidarme yo —añadió el hombre.

El principito se quedó adormilado durante unos segundos, pero, al ser de naturaleza curiosa, en unos instantes recobró la energía.

—La Tierra es muy grande y, en cambio os juntáis todos en los mismos lugares, donde casi no podéis vivir. Es un planeta extraño.

—No es extraño el planeta, somos extraños nosotros —puntualizó el hombre.

Y ambos se quedaron en silencio.

El principito, de pronto, se dio cuenta de que se le olvidaba la razón por la que había ido allí, a la Tierra.

—Necesito un topo. ¿Dónde podría encontrarlo? —le preguntó al hombre.

—¿Un topo? En el zoo hay muchos animales —contestó.

—¿Qué es un zoo? —preguntó de nuevo el principito.

—El zoo es un lugar donde hay animales que no deberían estar ahí.

—Vaya, qué cosas más raras dices. ¿Dónde puedo encontrar ese zoo?

—Siempre hacia el centro, hacia la gente, cuanta más gente, más cerca estarás de todo.

El principito sonrió brevemente:

—Adiós —dijo.

—Adiós —contestó el hombre.

XXI

Al llegar al zoo apareció justo al lado de un zorro que estaba encerrado en una jaula.



El principito, al verlo, se alegró enormemente pues pensó que era un antiguo amigo, pero en cuanto lo observó detenidamente se dio cuenta de que no era él.

Justo ahí le invadió la nostalgia. Pero se repuso.

Os cuento que, en su anterior viaje a la Tierra, el principito se encontró un zorro que no tenía amigos. Aquel zorro le explicó que ambos eran unos desconocidos, pero que si lo domesticaba dejaría de ser un zorro más para ser su zorro y que, a partir de entonces, serían únicos el uno para el otro.

Y así, de una forma extraña, entre ellos comenzó a una breve amistad. Fue breve porque el principito tuvo que partir enseguida y ambos se despidieron sin apenas haberse conocido.

—Buenos días, zorro —le dijo el principito.

—Buenos días —contestó.

—Yo tenía un amigo como tú.

—¿Como yo?

—Sí, como tú. Si yo iba a visitarlo a las cuatro, él ya era feliz desde las tres. Al principio solo éramos dos desconocidos, pero él quiso que lo domesticara.

—Pues como puedes ver a mí me han domesticado del todo —contestó el zorro mientras daba vueltas en círculo dentro de la jaula.

El principito observó la celda donde estaba encerrado el zorro. Le parecían las mismas rejas que había visto en el primer y segundo planeta.

—¿Vives aquí? —preguntó el principito.

—Ahora sí, pero antes vivía en el bosque. Estoy aquí para que la gente me vea.

—¿Y no te pueden ver en el bosque? —preguntó el principito que jamás se dejaba una duda por resolver.

—Sí que podrían, pero sería muy incómodo para ellos. Tendrían que ir al bosque y esperar en silencio. Y las personas ya no saben ni esperar ni estar en silencio.

El zorro dio dos o tres vueltas más sobre sí mismo.

El principito miró durante unos instantes a su alrededor:

—¿Y qué les gusta a las personas de este sitio?

—Les gusta perder el tiempo —contestó el zorro—. Les gusta salir de su casa y hacer una cola de una hora en coche para llegar hasta aquí, hacer otra cola para comprar la entrada, otra cola para conseguir unas patatas y otra cola más para verme. A las personas les encanta hacer colas, por eso no pueden perder el tiempo yendo al bosque.



—¿Y estos barrotes? ¿Son para que no te escapes? ¿Por eso te tienen encerrado?

—Estas rejas no son solo para mí.

El principito no acababa de entender, por eso el zorro le invitó a entrar en su celda.

—Míralos. Yo no puedo ir al bosque, pero ellos tampoco. Las rejas son las mismas para todos —le dijo el zorro.

El principito se quedó hipnotizado durante unos minutos, maravillado por el descubrimiento que acababa de hacer.

Pero al instante se acordó de su razón de estar ahí.

—Busco un topo —le dijo al zorro.

—No encontrarás topos aquí, no son importantes —contestó el zorro.

—¿Y dónde?

—Viven bajo tierra, ahí es donde tienes que buscar, pero no es fácil encontrarlos en la ciudad.

—¿Por qué?

—Porque aquí todo es cemento. Tendrás que irte lejos.

—¿Cuánto?

—Camina hasta que no veas hombres.

—¿Y eso es muy lejos?

—Cada día más.

—Adiós entonces —dijo el principito.

—Adiós —dijo el zorro.

XXII

El principito, cuando los planetas eran pequeños, no tenía demasiados problemas en encontrar lo que buscaba, pues con solo dar unos pasos podía recorrerlo entero.

Pero los planetas grandes eran otra cosa.

—¿Qué es para ti un planeta grande? —le pregunté.

—Aquel en el que no se pueden ver más de tres amaneceres en un día —me contestó.

Así pues, al ser la Tierra un planeta muy grande, le costaba ajustar bien el lugar al que quería llegar.

Apareció en medio de un mercado que bullía de actividad. Había a su alrededor personas y objetos de todo tipo. Había allí velas de varias formas y colores; mil tipos de especias; abrigos, mantas, pantalones, chaquetas… y un gran surtido de calzado; había también moldes para galletas y tartas, figuras de madera, de cristal, de marfil, cuadros y vasijas de barro.

Había inventos de toda clase: peladores de patatas, navajas con accesorios, exprimidores de naranjas, afiladores de cuchillos, escurridores para la pasta y sacacorchos automáticos.

Había también inmensas cantidades de alimentos: manzanas, zanahorias, legumbres, frutos secos, semillas, huevos, tomates, carnes, pescados, todo tipo de panadería y confitería, diversas clases de ahumados… hasta descubrió el principito un puesto en el que había tomates azules.

Tanta gente había y de tantos lugares diferentes que a ninguno de los allí presentes le extrañó ver a un principito caminando entre ellos.

Se acercó a uno de los puestos más grandes del mercado y, durante unos minutos, se quedó observando todo lo que allí tenía.

El principito sonreía, algo que no pasó desapercibido al mercader.

—¡Qué feliz te veo, hombrecito! ¡Estarás maravillado por todo lo que aquí puedes comprar!

—Soy feliz porque nada de lo que aquí veo necesito —contestó.

—Algo necesitarás —insistió el mercader.

—Tengo un hogar, un amor y un amigo. Pero también tengo un problema —añadió.

—Entonces sí necesitas algo. Necesitas una solución.

—Sí, pero aquí no la veo.

—¿Qué te hace falta?

—Necesito un topo.



El mercader comenzó a mirar los miles de objetos que tenía.

—Mira, aquí tienes esta figura de madera con forma de topo. También tengo estos moldes de barro con forma de ratón que te podrían valer y… espera… —El hombre comenzó a buscar en unas bolsas y, tras unos minutos, sacó un par de calcetines que tenían dibujados unos pequeños topos.

—Pero… —protestó—, yo necesito un topo de verdad, un topo vivo.

—¿Vivo? No, no, de eso no tengo, pero si me das un poco de tiempo te lo podría conseguir —insistió el mercader que no solía dar nunca una venta por perdida.

—Tiempo apenas tengo, sería una irresponsabilidad dártelo —respondió el principito.

—Es importante el tiempo.

—Tan importante que puede hacer que una rosa viva o muera.

—Por eso el tiempo es tan caro…

—Si lo has perdido no tiene ni precio. —Y con esa frase el principito se alejó de allí.

—Adiós —dijo el mercader.

—Adiós —contestó el principito.

XXIII

—Buenos días —dijo el principito.

—Buenos días —dijo un hombre sentado en un sofá.



—¿Por qué hace tanto frío aquí dentro?

—Se llama aire acondicionado, y nos permite pasar frío en verano y vivir en manga corta en invierno.

—Vaya —se extrañó el principito que nunca había visto un aparato que permitiera cambiar las estaciones del año—. ¿Y sois más felices en la Tierra desde que tenéis esto?

—No, en absoluto.

XXIV

—Buenos días —dijo el principito.

—Buenos días —contestó el maquinista.

—¿Qué es esto?

—Un tren que viaja bajo tierra.

Al principito se le iluminó el rostro, pues el zorro le había informado que los topos vivían bajo tierra.

—Entonces ¿hay topos aquí? —preguntó con entusiasmo.

—No. Aquí solo hay gente y ruido.

—Vaya… ¿Y a dónde va toda esa gente? —preguntó.

—A corto plazo van siempre hacia el mismo sitio, cada día, a la misma hora, al mismo lugar. Pero a largo plazo ninguno de ellos sabe realmente adónde va.

—¿Y qué buscan?

—Sea lo que sea no lo encuentran. Quizás lo que buscan podrían encontrarlo en una sola rosa, en un abrazo o en un amanecer, pero ahí no buscan.

—Quizás deberían buscar más con el corazón que con los ojos.

—Quizás —contestó el maquinista.

El principito se quedó ensimismado observando los vagones repletos de gente yendo de un lugar a otro.

—¿Están contentos ahí dentro? —preguntó de nuevo.

—Solo están contentos los niños, solo ellos aplastan sus narices contra los vidrios.

XXV

—Buenos días —dijo el principito.

—Buenos días —contestó el comerciante.

Era un comerciante de píldoras especiales que aplacaban la tristeza. Si te tomabas una, podías conseguir alguna sonrisa a lo largo del día.



—¿Por qué vendes eso? —dijo el principito.

—Para hacer feliz a la gente.

—¿No es la gente feliz aquí? —se extrañó el principito.

—No, no lo es. Las personas siempre están muy ocupadas.

—Pero… —insistió el principito—. A pesar de tener aparatos para pasar frío en verano, a pesar de tener calcetines con dibujos de topos y peladores de patatas automáticos… ¿No consiguen ser felices?

—No, aquí hay mucha gente que pasa una mala noche a cualquier hora.

—Vaya…

—Y tú, ¿eres feliz? —insistió el comerciante.

—Para mí cualquier cosa que me haga reír ya vale la pena.

—No te podré vender estas pastillas, pero tengo otras.

—¿Otras? —se interesó el principito.

—Tengo píldoras para dormir.

—Para dormir solo necesito cerrar los ojos.

—Pero los adultos están tan ocupados que ya no tienen tiempo ni para eso, esta píldora les ayuda a cerrarlos.

—Entonces ¿ser adulto consiste en estar ocupado?

—Así es —dijo el comerciante, que al ver que no iba a poder vender ninguna de sus píldoras se fue de allí.

XXVI

—Buenos días —dijo el principito.

—Buenos días —contestó el maestro—. ¿Qué quieres ser de mayor?

—¿De mayor? No lo sé.

—Pues deberías.

—¿Para qué necesito saberlo?

—Todo el mundo debe saber lo que quiere ser de mayor.

—A mí me importa lo que quiero ser ahora.

—No, eso no es importante. Lo esencial es saber qué quiere ser uno de mayor. Muchos niños están tristes porque no lo saben.

—Quizás estarían más felices si no se les hiciera esa pregunta —dijo el principito.

—Hay que hacerla.

—Para mí lo importante ahora es encontrar un topo.

—¿Un topo? Eso no te servirá para ser mayor.

—Un topo me servirá para llegar a mayor.



XXVII

—Buenos días —dijo el principito a un hombre que estaba tumbado en el suelo con una cámara en la mano.

—Buenos días —contestó el periodista.

—¿Qué haces?

—Intento ver cómo contar esta noticia.

—¿Hay distintas formas de contar una noticia?



—Sí, claro, puedo contar que ha pasado una cosa o la contraria. O incluso contar que no ha pasado nada, aunque haya pasado mucho. Yo no decido qué es o qué no es noticia.

—¿Y quién lo decide entonces?

—Los que me contratan.

—Vaya, deciden los que no han estado aquí.

—Así es.

—¿Y si un baobab destruye un planeta es noticia?

—Depende de lo importante que sea el planeta o de quién sea responsable del baobab.

—Mi planeta es pequeño y si el baobab crece el responsable soy yo.

—Entonces no es noticia.

XXVIII

El principito apareció en el interior de una casa que estaba habitada por una vanidosa.

—¡Ah! ¡Ah! ¡He aquí la visita de un admirador! —exclamó la chica, pues para los vanidosos el resto de personas son admiradores.

—Buenos días —dijo el principito—. ¿Qué es esa cosa tan extraña que llevas en tu mano?

—Es una cámara.

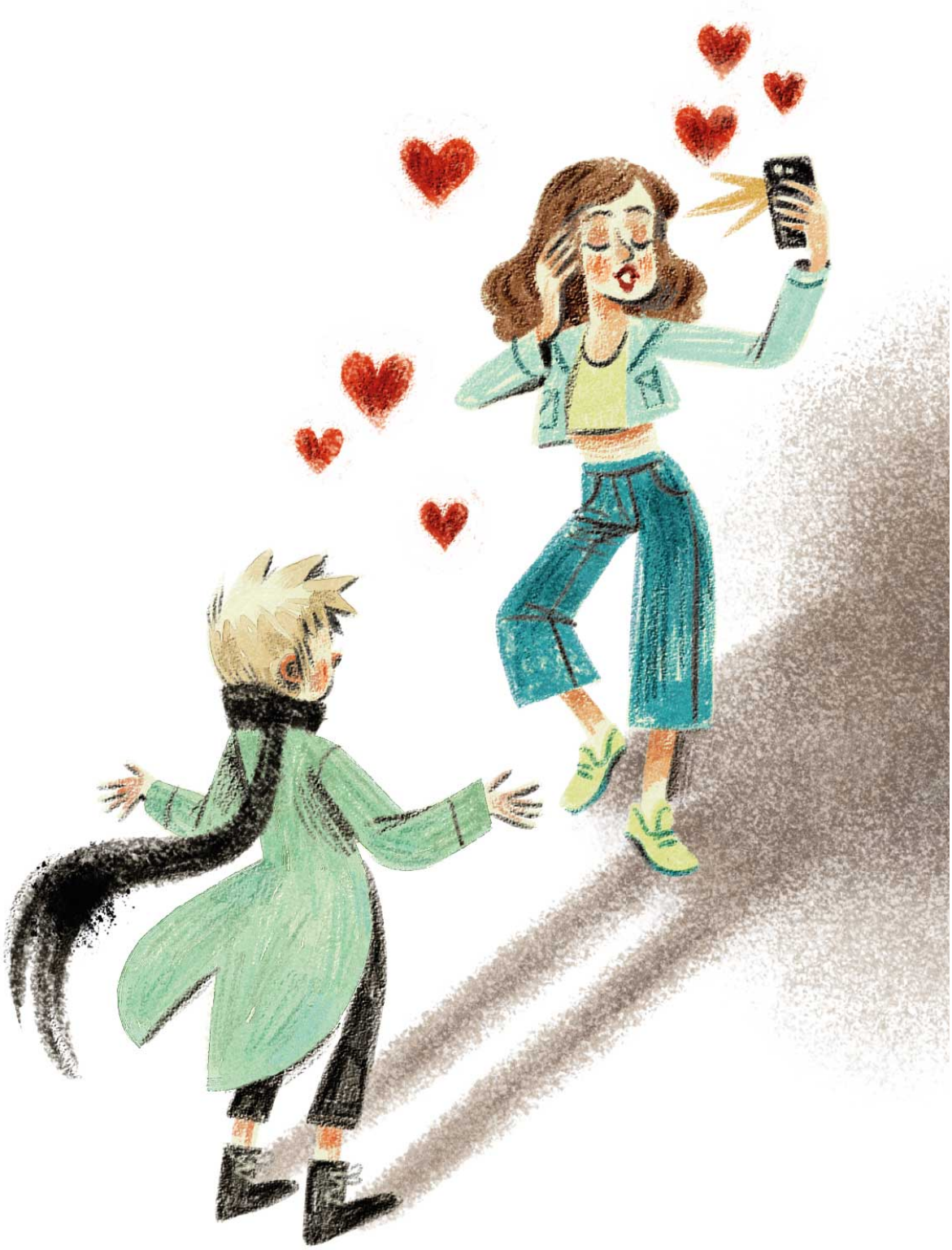
—¿Y para qué sirve?

—Para hacerme continuamente fotos de mí misma.

—Pero para verte a ti misma ya están los espejos.

La chica rio exageradamente, como si el principito hubiese dicho la tontería más grande del universo.

—No quiero verlas yo, las quieren ver mis admiradores.



—¿Y para qué quieren verte tanto tus admiradores?

La chica se quedó sin palabras, pues en realidad nunca se había hecho esa pregunta. Y en verdad ahora no se le ocurría motivo alguno por el que la gente quisiera ver sus fotos.

—Las quieren ver porque me admiran —simplemente contestó.

—¿Qué es admirar? —preguntó el principito que jamás daba una duda por perdida.

—Reconocer que soy la más hermosa y la mejor vestida, reconocer que soy mejor que mis admiradores. Y solo por eso, tú también deberías admirarme y decir que te gustan mis fotos.

—Pero no sé si me gustan.

—¡Dame el placer! ¡Admírame de todos modos!

—¿Aunque sea mentira?

—A veces la sinceridad es terrible, admírame y me sentiré feliz.

—Y si no te admiro, ¿te sentirás entonces triste?

—Cada día más. Y al final necesitaré tomar píldoras.

—Te admiro entonces —dijo el principito, encogiéndose de hombros.

En el mismo instante que lo dijo, la chica olvidó por completo que el principito estaba allí y continuó haciéndose fotos de sí misma.

El principito se fue.

XXIX

En su ir y venir por diversas zonas de la Tierra, llegó el principito a un lugar que ya conocía: el desierto.

—Buenos días —dijo el principito.

—Buenos días —contestó una mujer que apenas se movía.

—¿Tú también eres de otro planeta? —preguntó curioso.

—¿De otro planeta? —respondió la mujer sorprendida.

—Te veo tan distinta a los demás, solo tienes huesos.

—Tengo huesos y hambre.

—¿Hambre? Pues sé de un lugar en el que hay mucha comida, he visto hasta tomates azules.



—No puedo llegar hasta allí.

—Podrían traerla aquí.

—Es difícil llevar las cosas de un sitio a otro.

—He visto llevar personas de un sitio a otro por debajo de la tierra. Se movían muy rápido.

—Aquí también hay muchas personas bajo la tierra, pero no se mueven.

El principito miró detenidamente bajo sus pies sin entender muy bien a qué se refería aquella mujer. Pero aquello le recordó que estaba buscando un topo.

—Yo estoy buscando un topo —continuó.

—Aquí no encontrarás topos. Si hubiese alguno ya se lo habrían comido.

El principito, al escuchar aquello, se fue de allí, por si ocurriera que, en aquel lugar, además de topos también comieran principitos.

XXX

Después de visitar varios lugares más sin encontrar ningún topo, el principito llegó a otro desierto, esta vez de agua.

Se sorprendió enormemente al ver el océano.

—Buenos días —dijo el principito, al ver a un niño solo en el interior de una barca.

—Buenos días —contestó el pequeño.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el principito.

—Busco una vida mejor.

—¿No es buena la que tienes?

—Casi ni es vida.

—¿Viajas solo?

—Desde hace unas horas sí.



—¿Y adónde vas?

—A donde pueda llegar.

En ese momento el principito echó un vistazo a la barca que llevaba.

—Verdad es que en esto no vas a llegar muy lejos.

—Con llegar a algún lado ya seré feliz.

—¿Solo con llegar?

—Sí, solo con llegar.

El principito no acababa de entender muy bien las palabras de aquel niño así que, finalmente, decidió preguntarle para ver si podía ayudarle en su problema.

—¿Sabes dónde podría encontrar un topo?

—Extraño lugar es el mar para encontrar un topo. ¿Para qué lo necesitas?

—Busco una solución para poder seguir viviendo en mi planeta.

—Eso mismo busco yo —dijo el niño.

El principito, quizás agotado por la cantidad de lugares que estaba visitando en tan poco tiempo, se quedó dormido en la barca.

Despertó al notar cómo le caía agua en el rostro.

—¿Qué es eso? —preguntó el principito asustado.

—Son malas noticias. Una tormenta.

Y ambos se quedaron mirando cómo se iluminaba el cielo.

—Parecen las raíces de un baobab —susurró el principito.

—Ojalá esas raíces no caigan justo aquí —contestó el niño.

Ambos se apretaron el uno al otro en el interior de la barca hasta que, lentamente, la tormenta se fue alejando.



Pero justo cuando parecía que ya todo el peligro había pasado un último relámpago impactó contra algo en el aire.

El principito escuchó cómo un objeto caía al agua. Su curiosidad le pudo y se dirigió hacia allí.

XXXI

Y esta es la historia de cómo, después de visitar distintos lugares en la Tierra, el principito me encontró de nuevo.



Al verme, recordó que en el pasado le había dibujado un cordero que salvó su planeta. Por eso ahora me había pedido que le dibujara un topo.

—Tengo sed —me dijo mientras se acurrucaba más en mi regazo, protegiendo la hoja de papel como si aquello fuera el mayor tesoro del mundo.

—No tengo nada para ofrecerte —le dije desalentado.

—Hay agua por todos lados y en cambio no podemos beberla.

—Sí, es un lugar contradictorio el océano —admití.

—Lo mismo pasa con el cariño, lo hay por todas partes y a veces no conseguimos encontrarlo. —Me abrazó aún más fuerte.

En ese momento el agua ya me llegaba por encima de la cintura. Prácticamente ya no se veía la superficie del avión.

—Nos hundimos —le susurré al oído, como si pronunciar una mala noticia en voz baja la hiciera menos terrible.

—Todos nos hundimos alguna vez —me contestó ya con los ojos cerrados.

—Nos ahogaremos —añadí.

—Hay gente que se ahoga hasta cuando hace pie —me dijo.

Miré a todos lados, pero no encontré ni una sola luz, nada, allí solo estábamos nosotros dos y el silencio. Quizás en ese momento hubiera querido ser un cordero.

—Aun así el mar es bello —agregó.

XXXII

El principito continuaba acurrucado junto a mí.

Le aflojé la bufanda que ahora caía como una serpiente sobre su pecho y lo abracé lo más fuerte que pude.

—Al final no ha venido nadie —le dije.

—He venido yo —me contestó.

Y acto seguido se durmió en mis brazos.

Me parecía que en ese momento no había nada más frágil sobre la tierra. A la luz de la luna, miré su frente pálida, sus ojos cerrados, sus mechones de cabellos que temblaban al viento y me dije: «Lo que veo aquí solo es una corteza. Lo más importante siempre está dentro».

—Echo de menos a mi rosa, pero se pondrá contenta con este topo… —susurró en sueños.

—Sí, seguro. —Y lo apreté junto a mí.

La noche pasaba y, de pronto, fui consciente de que debajo de nosotros ya no había absolutamente nada, ya nada nos sujetaba. El avión se había hundido por completo.

Podría haberme puesto a gritar, a temblar de miedo, pero nada podía hacer ya por cambiar lo que allí estaba sucediendo.

Comencé a mover las piernas para mantener a flote a mi principito. Allí estábamos los dos, a la espera de un milagro.

—¡Mira! ¡Allí arriba! Ahí está mi planeta, ha llegado el momento de irme —me dijo mientras rodeaba mi cuello con sus brazos.

XXXIII

—¿Por qué llueve en tus ojos? —me preguntó.

—Es el miedo de no volverte a ver.

—No estés triste por eso, me verás. Tú también serás una estrella.

—¿Yo una estrella? —sonreí mientras continuaba moviendo mis piernas bajo el agua.

—Sí, claro, serás una estrella, igual que mi cordero, igual que el hombre que se sentía solo, igual que la mujer del desierto, igual que el niño del mar…



»Y te invitaré a ver puestas de sol. Y conocerás a mi rosa, y podrás probar las manzanas, y verás cómo el topo que has dibujado salva mi planeta… todo eso podrás hacer cuando seas una estrella. No estés triste.

Sentí en ese instante que estaba ocurriendo algo enteramente extraordinario pues, a pesar de que lo tenía abrazado con todas mis fuerzas, mi principito se me escurría… hacia arriba.

—¡Mira, mira, ya está ahí mi planeta! ¡Ya viene!

—Parece que se nos cae el cielo encima —le dije al observar que cada vez las estrellas estaban más cerca.

—No es el cielo el que baja —me miró sonriendo—, somos nosotros los que estamos cayendo hacia arriba.

Y justo ahí, mientras hacía todo lo posible por salvar la vida de mi principito sin que me importase absolutamente nada la mía, entendí cómo funciona el mundo.

Entendí justo en ese instante que, por encima de todo, existe una fuerza que mueve el universo.

Es esa fuerza que te pone feliz ya desde las tres de la tarde si sabes que tu zorro te visitará a las cuatro; esa fuerza que te anima a regar, cada día, pase lo que pase, a tu manzano; esa fuerza que te hace recorrer mil planetas para salvar a tu rosa; esa fuerza que consigue que no te importe dar tu propia vida para salvar a un principito… esa fuerza es la que lo mueve todo.

Una fuerza tan importante, tan pura, tan esencial… que, al estar escondida en el corazón, siempre es invisible a los ojos.



SOBRE LA FONDATION ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY POUR LA JEUNESSE

En 2009, bajo el tutelaje de la Fondation de France, la familia del autor de *El Principito*, decidió fundar, junto a otras figuras importantes de la cultura, la ciencia y la aviación, la Fondation Antoine de Saint-Exupéry pour la Jeunesse. En línea con el espíritu humanista y visionario de Saint-Exupéry, la Fundación apoya grandes iniciativas filantrópicas destinadas a mejorar la vida de los jóvenes. Mediante una red de asociaciones de alcance tanto nacional como global, financia proyectos concretos en materia de educación, cultura, inclusión de diversidad, protección medioambiental y alfabetización.

Además de su misión humanitaria, la Fundación también se encarga de cuidar y difundir el mensaje universal de *El Principito*. Esta historia, traducida a cientos de lenguas y admirada por todas las culturas, es una obra maestra que nos enseña la empatía, la imaginación, la responsabilidad y el respeto hacia los demás y hacia nuestro planeta. La Fundación defiende estos principios mediante el fomento del diálogo, la creatividad y la esperanza en las generaciones jóvenes, inspirándolas así a construir un mundo más responsable y compasivo.

Para saber más acerca de la Fundación, visite **fasej.org** y **@fasej.fondation**.



FONDATION
ANTOINE DE
SAINT EXUPERY





ELOY MORENO (Castellón, España) se lanzó en 2010 a la aventura de autopublicar su primera novela, *El bolígrafo de gel verde*, que ha vendido más de 250.000 ejemplares. Su segunda obra, *Lo que encontré bajo el sofá* (2013), volvió a conectar con miles de lectores. En 2015 publicó *El regalo*, que recibió un gran reconocimiento tanto en ventas como de la crítica. Su siguiente obra, *Invisible* (2018), es un best seller traducido a más de 15 idiomas y que cuenta con su propia adaptación audiovisual. Sus siguientes novelas, *Tierra* (2020), *Diferente* (2021) y *Cuando era divertido* (2022), fueron un éxito rotundo entre los lectores. En 2024 publicó *Redes*, una nueva historia ambientada en el mismo mundo que *Invisible* y que se ha mantenido entre los más vendidos del país desde su publicación. Su colección "Cuentos para entender el mundo" va dirigida tanto a adultos como a niños y se lee en centenares de centros educativos. Su último proyecto es una serie de cuentos ilustrados para el público infantil: *Juntos*, *Lo quiero todo*, *Invisible* y *Las reglas del ratoncito Pérez*.



Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Sobre la fundación
Acerca del autor